

el momento en que una producción poética, en cuanto manifestación de una técnica (también de una técnica que eluda la escritura y se confíe simplemente en el gesto o en la pura conceptualidad), recupera siempre el objeto de la reducción mediante las estructuras mismas que indican su ausencia. Y es así donde se crea un ulterior margen operativo, en el cual la "nueva poesía" tiene el beneficio de experimentar, respecto a la poesía de los años sesenta, otras perspectivas de investigación, teorizando cada vez la descomposición silábica de las unidades lexicales, el examen sistemático de combinaciones anagramáticas y paragramáticas, la práctica del nonsense, el enmascaramiento de los significados, las remisiones asonánticas, las acumulaciones interdisciplinarias: toda una serie de expedientes lingüísticos y estructurales que hacen del texto un proyecto en no pocas ocasiones aproximativo e indescifrable.

Resulta de ello una situación de desorden y de incertidumbre para el ejercicio poético, privado, como se encuentra, del aporte de nuevas filosofías sobre su función histórica y de adecuadas nuevas meditaciones en torno a las posibilidades de su supervivencia (además del peligro de la banalización, si no de la muerte, de la palabra); con el obvio adormecimiento de la protesta respecto de quien ha negado siempre a la práctica poética un valor humano y social activo. De lo cual se desprende, como puede intuirse, también la dificultad de describir, de esta compleja y diseminada fenomenología, los movimientos dominantes, la dinámica de las interferencias necesariamente existentes en su interior. Si para la situación política, por ejemplo, es posible, aunque sea en grandes líneas, registrar algún cambio, en el sentido de una cierta reafirmación de las ideologías reformistas, para la poesía sólo se puede decir que, en estos últimos años, ha ido apareciendo cada vez más un renovado interés por un tipo de trabajo generalmente cerrado a la realidad cultural circundante, volcado sobre lo privado, hasta reproducirse en el límite de un nuevo esoterismo. Sin embargo, no se concede al estudioso la posibilidad de sustraerse al intento de historicizar, catalogar, distinguir, si bien la crítica (es superfluo decirlo) es un género que requiere, para poder operar eficazmente, un mínimo de resistentes y consolidados equilibrios. Acaso toda indagación debería dirigirse más hacia los casos individuales que hacia la globalidad del fenómeno (por lo demás, toda la poesía italiana del Novecento ha tendido a resolverse más en los casos que en la ley, ya que la hostilidad de la realidad social y de la historia ha sido siempre una de sus constantes inalineables): en el conjunto quizá de sus determinaciones textuales, sobre cuya naturaleza última, como escribe Giuliano Gramigna, "son precisamente las experiencias de los "nuevos" las que abren las preguntas cruciales y las que producen desplazamientos teóricos preciosos".

Entre tanto debe enseguida insistirse en que, según una alternancia en resumidas cuentas bastante natural, con la variación de la situación política (en el sentido que hemos subrayado de una reafirmación de las ideologías reformistas), se ha verificado, últimamente, una recuperación generalizada de interés por la poesía lírica; más aún, para decirlo con Franco Fortini, "algunos grupos de autores (ligados, inicialmente, como sucede a menudo, por vínculos de edad y de ambiente) han retomado un tipo de "trabajo poético" relativamente indiferente a la realidad cultural circunstante, hasta reproducir actitudes de las primeras generaciones decadentes o del decenio hermético", como si hubieran decidido ponerse fuera de una condición relacionada con el presente, en el rechazo de cualquier clasificación de orden cultural e histórico. No obstante, aunque